

LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

LAS EXEQUIAS DEL CATOLICISMO.

A D. FRANCISCO PÍ Y MARGALL.

Ya que me cupo la honra de tenerle á V. por compañero de 1848 á 1852 en la obra monumental á que he dedicado mas de la mitad de mi existencia, *Recuerdos y Bellezas de España*, me alhaga en este momento la idea de obtener su estimable colaboracion para el pequeño semanario que dirijo. Sé que en materias religiosas no andamos tan acordes como en las artísticas, y que esta divergencia que medí con espanto por primera vez al publicar V. su *Historia de la pintura española* ha ido en aumento si cabe durante diez y siete años: pero esto no impide que puedan aprovechar á mi causa los testimonios emitidos por V. en pleno congreso; y si V. sin agravar sus tareas tan importantes como de uno de los gefes de la minoría, y sin faltar á sus convicciones, antes espresándolas á boca llena, puede auxiliarme en mi empresa, ¿rehusará el título de colaborador de la *Unidad Católica* usted cuya modestia con todos menos con Dios, lo digo con sinceridad y sin amargura, es prenda generalmente reconocida?

Patrimonio es de la nacion entera, que para eso lo paga bastante caro, el raudal de ilustracion y ciencia que vierten en las cortes sus representantes, y aunque yo como español pudiera valerme de este derecho sobre las palabras de V., prefiero solicitar su venia cum-

pliendo con la cortesía. Suponiéndola pues obtenida, me permitiré presentar á mis lectores los siguientes pasages de su discurso en la sesion del 24 (1):

Hay necesidad, señores, de saber bien lo que es la Iglesia: hay necesidad de que sepamos bien cual es el enemigo que tenemos enfrente: hay necesidad de que comprendamos perfectamente cual es la gran dificultad que hay para que la libertad del pensamiento sea completa. La gran dificultad es la Iglesia.

Vea V. cuanto camino me abrevia esta sencilla frase. Sabe Dios como hubiera tenido que esforzarme en probar que el *enemigo* puesto *enfrente* de Vds., el objeto de su aversion, el blanco de sus tiros, no es la reaccion, los abusos, el fanatismo, es simplemente *la Iglesia*: sabe Dios cuantas reclamaciones é injurias y protestas me habria valido este peligroso tema de parte de los amigos de usted, de los que tildándole acaso de *imprudente* demuestran á la vez con V. identidad de miras y diversidad de apreciaciones. Déjeles usted decir y hagamos un recíproco convenio de absoluta franqueza, en virtud del cual empezaré yo tambien por confesarle que es de todo punto incompatible con la Iglesia y con la fé que profesa, esa libertad de pensamiento tal como V. la proclama, que no puede cimentarse sino en la negacion completa de toda revelacion divina. Pero siga V. en el uso de la palabra:

(1) Los pasages aqui reproducidos están tomados literalmente del diario de las sesiones.

Preciso es tomar en cuenta, señores, que las religiones todas, no esta, ni aquella, ni la otra, sino todas, parten de la misma base. Todas las religiones creen que el hombre es un sér insuficiente para conocer sus propias leyes morales y un sér mas insuficiente para aplicarlas. Y todas, partiendo de esta idea, creen que ha habido necesidad de una revelacion y ha habido necesidad de que Dios, bien por sí, ya por medio de agentes ó encarnaciones, que las hay en todas las religiones, haya venido á revelarnos esta moral y haya venido á darnos fuerza para que despues de conocida la apliquemos.

Y como esa revelacion no puede ser nunca permanente, como es una revelacion puramente accidental, y hay necesidad, sin embargo, de que la revelacion siga de una manera tradicional, hay siempre una congregacion, una iglesia dentro de cada religion que se supone el arca de la palabra divina, que se supone el instrumento y el medio por el cual esa palabra divina se realiza. Y todas las religiones tienen su libro santo, su Biblia, y en esa Biblia sagrada (es preciso no preocuparse) no solo se decide la cuestion de la ley moral, sino que se decide la cuestion de derecho, de legislacion civil y penal, la cuestion politica, la cuestion científica, la cuestion cosmogónica. Todo está dentro de ese libro santo.

Observo que V. al menos es imparcialmente hostil con cualesquiera religiones, y que de mejor gana que permitir las todas, las prohibiria V. todas como abusivas de la credulidad de los pueblos y como atentatorias á la dignidad del hombre, en cuanto le suponen limitado é incapaz de conocerse y gobernarse por sí. Pero Vds. mismos en sus soluciones mas ateas no pueden prescindir de esta revelacion que mal su grado les ilumina, y que les hace superiores á Sócrates, á Platon y á los mayores genios de la antigüedad, no seguramente por sus intrínsecas ventajas, sino por el conocimiento de Jesucristo que se infiltra en las almas de Vds. y guia sus inteligencias, por mas que luchen y renieguen y por mas que V. desdeñosamente se digne perdonar al Redentor sus aberraciones y desaciertos. Ciertamente es que toda révelacion requiere una iglesia que la custodie y perpetúe y un libro santo en que se consigne; pero no es exacto que ni la Biblia ni la Iglesia católica esclavicen la razon humana y aspiren á dogmatizar en cuestiones estrañas á su competencia moral y religiosa. Ningun teócrata que sepamos ha tratado jamás de establecer los ritos del Levítico ó las leyes del Deuteronomio, ni de amoldar su sociedad al código civil y político dictado por Dios á su escogido

pueblo de Israel: en la legislacion romana, en la legislacion del pueblo rey pagano, no ha escrupulizado la Iglesia en ir á buscar el tipo de la suya. Emitió Copérnico su sistema sobre el movimiento de la tierra al rededor del sol, y la Iglesia no lo combatió y acabó en breve por admitirlo apesar del *Sol ne movearis* de Josué y de la terquedad algo irreverente de Galileo: la ciencia á su vez ha dado la razon á la cosmogonia de Moises contra los frívolos sarcasmos de Voltaire, y suspende su fallo sobre las novísimas hipótesis de los tiempos pre-históricos y del hombre fósil, que en último resultado no pueden traer mas mudanza que aumentar en algunos siglos la antigüedad de Adán. Y esta discreta tolerancia de la Iglesia, esa prudente libertad que concede en todo lo que abandonó Dios á las disputas de los hombres, reservando y concentrando su vigor en la esfera que le fué encomendada, constituye en lo espiritual su fuerza incontrastable. Y V., que no ella, confunda lastimosamente estas nociones, al suponer que dentro del libro santo se contienen dogmas de política y de ciencias lo mismo que de moral.

Y cuando nosotros vemos que la Iglesia viene diciendo: «esto está dentro del libro santo, esas opiniones no podemos aceptarlas,» bien sea en política, bien sea en ciencias, bien sea en moral, está en su derecho, porque creyendo que los libros santos son inspiracion de Dios y que ella es la que tiene derecho para decirnos: «no podemos aceptar esa predicacion porque es contra la palabra de Dios,» está perfectamente en su derecho.

De aquí, señores, el gran antagonismo que tiene la Iglesia, de aquí la gran tendencia que tiene á la absorcion de toda clase de poderes. El pensamiento de Hildebrand las iglesias todas lo manifiestan, y si alguna no lo manifiesta, es porque no se cree con fuerza para realizarlo; pero desde el momento en que se cree con alguna fuerza porque se ve apoyada por el Estado, tiene siempre esa tendencia, que sigue con la tenacidad y terquedad propia del hombre que se cree que solo él es el eco de la verdad divina.

En lo mas tenebroso de la edad media hubo de tomar la Iglesia dirigida por el grande Ildebrando, papa con el nombre de Gregorio VII, la tutela de las sociedades desgarradas por la anarquía feudal ó tiranizadas por el cesarismo: y nadie como Vds. podrá hacer renacer esta dura necesidad del seno de la barbarie socialista ó de la dictadura revolu-

cionaria. La Iglesia no desea, antes bien deplora que llegue el caso, pues de sus tuteladas accidentales, como todo tutor honrado, nunca ha salido gananciosa. Protectora, independiente ú oprimida, ni aumentará ni disminuirá el catálogo de sus verdades, ni ensanchará ó restringirá el círculo de sus naturales atribuciones. Prosigue V.:

Si, pues, aceptais mañana una religion cualquiera y la haceis religion del Estado, tened por seguro que la Iglesia no parará nunca hasta que haya logrado que desaparezca de vuestros códigos todo pensamiento contrario á lo que llama la palabra de Dios.

Así es que debemos siempre tratar, si queremos tener libertad de pensamiento y una libertad completa en materia religiosa, de separar completamente la Iglesia del Estado; porque de este modo la Iglesia no puede contar con la proteccion del Estado para hacer reales sus anatemas y prohibiciones.

¿Y de este antagonismo de la ley civil con la religiosa, prohibiendo una lo que la otra mande, ó permitiendo lo que aquella prohíba, quién saldrá al fin peor librado? La Iglesia es una sociedad espiritual, que manda en los espíritus con leyes y penas puramente espirituales, y para su cumplimiento basta que haya fé y obediencia; ¿sucede lo mismo con las del Estado? qué le resta sino la fuerza material, una vez despojado de la sancion religiosa á la cual malamente pueden suplir la irritante soberanía del mayor número y la disputable legalidad del sufragio? La fuerza pues habrá de dirimir los conflictos, y entonces se abrirá de nuevo la historia de las persecuciones tan funesta siempre para sus autores, y empezará la lucha de la *idea*, como Vds. dicen, contra la violencia, lucha que segun el criterio de Vds. termina siempre en favor de la primera. Para contestar á estos prudentes reparos que leeria V. acaso en el semblante de sus amigos, y quien sabe si para contestarse á sí mismo y acallar sus íntimos terrores, soltó V. á la faz del mundo este incomparable reto:

Pero se dice: estas son ideas sumamente subversivas, estas son ideas que chocan con las creencias del pueblo; estas reformas son completamente irrealizables en España, porque toda España se levantaria si mañana dijéramos que el catolicismo no será la religion del país. ¡Ah, qué grande error, qué error tan manifiesto!

Hace tiempo que el catolicismo está muerto en la con-

ciencia de la humanidad, y que está tambien muerto en la conciencia de este pueblo.

Muerto! será verdad? á qué entonces tanto ensañamiento con un cadáver? á qué tanta zozobra de que resucite? á qué tan pesada la losa que se le impone? Y esas otras religiones llamadas á combatirlo y á desalojarlo ¿son fantásticos espectros privados como él de vida, ó convidados á su entierro y al repartimiento de su herencia? son cuervos atraídos por el olor de sus despojos, ó gusanos nacidos de su putrefaccion? Muerto! oh! jamás sobre los restos de héroe alguno se trabó batalla tan reñida ni se celebraron tan sangrientos funerales; y las cruzadas del siglo XI y XII, cuando la Europa y el Asia combatian en masa por la posesion de un sepulcro, son un reducido episodio comparadas con la lucha universal que en hechos y en ideas arde al rededor de lo que V. llama tumba y yo llamo trono de la religion del Crucificado. Muerto! circule con rapidez por el universo la peregrina nueva, y enmudezcan los filósofos y desbándense los soldados y disuélvase las ligas y conjuraciones, ya que deshecho y aniquilado el enemigo carece de objeto la campaña; y la sociedad presa de un inmenso estupor quedará como una masa inerte á merced de vuestra palabra creadora.

Mas no, aquí no encuentro la acostumbrada franqueza de V., sino uno de esos juramentos, por no decir blasfemias, que llama en su auxilio el miedo para disfrazarse de valor. Tal vez fué una prueba artificiosa para medir la intensidad de la vida por las pulsaciones de indignacion que produjera la enunciada muerte; mas el supuesto muerto tuvo á menos indignarse, y V. no pudo comprender sino por las atónitas miradas de los circunstantes, aunque en su mayor parte amigos de usted, la temeridad de sus asertos. Bien es verdad que desde larga fecha padece V. extrañas é incurables ilusiones: Jesucristo ha sido negado mil veces, ultrajado, maldecido; pero pero nadie hasta V., nadie le habia *perdonado*: él le perdone á V. en lo infinito de su misericordia, como V. le perdonó en la insensatez de su orgullo. Ha contemplado V. los mo-

numerosos, ha estudiado la historia patria, sin que esa historia y esos monumentos le hayan revelado á V. el sentimiento que los produjo y los vivifica: ha indagado V. los arcanos del arte de Ribera, Zurbaran y Murillo, y no ha visto en ello sino una ocasion para ultrajar la fé que inspiró sus obras inmortales: ha trazado V. la biografía de S. Juan de la Cruz y se ha embebido en sus estáticas contemplaciones, solo para declarar cegadas por siempre las fuentes del misticismo. Por fuerza debe haber un vicio en su organizacion de V. que trasmite así adulteradas á su espíritu las impresiones del mundo que le rodea. Pobre ciego que proclama á voz en grito la estincion del sol, porque sobre su pupila se ha interpuesto una catarata!

Oigamos ahora los fundamentos de esta fé de óbito:

¿No lo creéis? ¿Creéis que esto es una ilusion mia? Ved la historia: la historia os lo dirá. Poned á este pueblo entre su religion y su interés, y optará siempre por su interés, posponiendo siempre la religion.

Escoja V. los mas fieles entre sus adeptos, póngalos entre sus convicciones políticas y su interés, y veremos de qué lado se inclina la balanza. ¿Con esto dará V. por muerta la fé en las teorías é instituciones que pregona? No, V. les augura robusta vida, V. les promete el reino del porvenir: pero cuán de buena gana trocaria, sea V. franco, el arraigo y firmeza de lo que *viene* por la firmeza y arraigo de lo que *se vá*, las creencias democráticas por las creencias católicas, la abnegacion política por la abnegacion religiosa! Flaquezas, defecciones, apostasias, las han presenciado todos los siglos, y mas este tan idólatra del becerro de oro; no obstante, cuántos ejemplos de fidelidad y adhesion sin limites, cuántos triunfos sobre el abyecto positivismo, cuánta resistencia á las seducciones y promesas mas tentadoras, no vienen á desconcertar todos los dias á los enemigos del *muerto*! Y á esta constancia y energía con harto disgusto de ustedes esperimentada, ¿qué es lo que contrapone V?

Vosotros todos sabéis que de niños se nos enseña á recitar lo que se llama Mandamientos de la Iglesia, y que entre

esos Mandamientos habia el de pagar diezmos y primicias sin fraude ni engaño. Y cuando una ley civil vino á abolir el diezmo, á pesar de las censuras de la Iglesia, á pesar de que la Iglesia lo combatió de la manera mas ruda que pudo y trató de concitar los ánimos, el pueblo español dejó de pagar el diezmo, y dejó de observar el precepto de los Mandamientos de la Iglesia.

¿Hay prueba mas decisiva de que la Iglesia no es formalista ni intransigente? puede desmentir mejor la acusacion que le ha hecho usted poco antes, de erigirlo todo en dogma y en precepto? Cambiados tan sustancialmente sus medios de subsistencia, no lo hizo cuestion de vida ni siquiera de honra, y si el diezmo se defendió fué con razones económicas mas que con armas espirituales. El mandamiento sigue vigente para los fieles, de proveer bajo una ú otra forma al sostenimiento del culto y de sus ministros; y si se consuma la separacion que V. propone, suprimiendo su presupuesto sin devolverle los bienes que se le quitaron, V. verá que abandonada la Iglesia á merced de las limosnas de los pueblos, no será este mandamiento de los peor cumplidos. Y continua V:

En 1855 se creia que las provincias Vascongadas eran todavía el arca de la religion cristiana; se decia que en aquellas provincias el catolicismo estaba tan vivo que no era posible que los pueblos se olvidaran del catolicismo para obedecer la voz del interés, y entonces aquel Gobierno, que tenia muchos puntos de contacto con el actual y que como este era sobradamente débil, no se atrevió á extender á las provincias Vascongadas la ley de desamortizacion de 1855; y solo cuando el partido liberal reclamó, solo entonces se atrevió á decir que fuese extensiva esa ley á las provincias vascas. ¿Y qué sucedió? ¿sucedió todo aquello que se decia que iba á suceder? ¿sucedió aquello que se decia de que el pais en masa se sublevaria cuando se hiciese estensiva la ley á aquellas comarcas? No sucedió nada de eso: por el contrario, cuando los caseros comprendieron que podian redimir por pequeños céntimos los censos de la Iglesia, bajaron á bandadas á redimir dichos censos; es decir, obedecieron la voz del interés, y se olvidaron del catolicismo.

Si unos acudieron con la esperanza de la aprobacion pontificia y con el ejemplo del reciente concordato, otros aguardaron la autorizacion competente, y aun los hay en todas las provincias que mas papistas que el papa repugnan valerse de la facultad concedida, y al hacerlo obedecen menos á su interés que á la animadversion de pagar al estado. Pero demos que sean mas generales, mas patentes

los síntomas de la preponderancia del interés sobre el catolicismo, ¿serán acaso un motivo de felicitación para V? La codicia, el egoísmo, la sed del oro ¿son estos los batidores que han de abrir el camino á sus austeras reformas? son estas las bases en que piensa V. asentar sus ideales instituciones? son estas las severas virtudes del evangelio socialista? Si por un pedazo de pan venden y abandonan los pueblos la religion de sus padres, ¿qué prenda, qué garantía es esta de fervor, de sinceridad, de desprendimiento en la adopcion de nuevas y desautorizadas doctrinas? ¿Con malos católicos sueña V. formar escelentes republicanos? ¿Acaso imaginó Caifás convertir con sus treinta dineros á Judas en acrisolado patriota?

Pero la última frase de V. corona dignamente la gravedad de sus declaraciones y les da un valor inestimable:

No hay, pues, temor ninguno; podeis hacer todo lo que querais con la libertad religiosa sin el menor peligro de que se subleve la nacion.

Oidlo, pueblos católicos de España, y recogedlo ávidamente. Se cuenta con el interés para arrancaros la heredada fé y el heroico sentimiento que tan noble y poderosa hizo á nuestra patria, se trata de corromperos con beneficios materiales ó mas bien con imaginarias promesas, se habla de compraros con sordida ganancia las glorias de vuestros abuelos y las esperanzas de vuestros hijos. Y lo que no logra el soborno se encomienda á la calumnia. Tómase la medida á vuestro sufrimiento para saber hasta qué grado puede llegar el insulto y la opresion, para declararos fanáticos y sediciosos si os removeis, envilecidos y muertos á la vida moral si callais obedientes. Y bien, no se realizará esta angustiosa disyuntiva: arrojaremos á la cara de los mercaderes de almas sus pérfidos dones; sumisos sí, pero creyentes, opondremos en nuestros corazones una resistencia cien veces mas terrible que la de nuestros brazos, y en la tumba abierta al catolicismo dejaremos hundir por su propio peso á los que se jactan de sepultarlo.

J. M. Q.

LA LUCHA (1).

Tenemos averiguadas dos verdades trascendentales, y son las siguientes: 1^o. Todos los que en España patrocinan la libertad de cultos, y los que miran con apatía su proclamacion y su planteamiento, son enemigos del catolicismo, por mas que otra cosa digan: 2^o. De ninguno de los comprendidos en la verdad que antecede, podemos ni debemos esperar el fomento de los intereses católicos.

Al que le escuezan estas verdades, le remitimos á los dos artículos que les tenemos dedicados en los números precedentes: allá podrán buscar el raciocinio de que esas dos verdades son legítima consecuencia. Si la verdad es dura, la culpa no es nuestra; en buena lógica la hemos averiguado, en buena lógica trate de probar lo contrario quien presume conseguirlo.

Estas dos verdades ponen á los sinceros y decididos defensores de los intereses católicos en una situacion de todo punto grave: ellas anuncian que la lucha comienza, que la lucha ha de ser larga, y que no puede terminar sino con el triunfo de los unos ó de los otros, pues entre enemigos decididos y defensores resueltos del catolicismo no cabe alianza ni transaccion ni convenio. Ni unos ni otros pueden desertar de su respectiva bandera sin serle desleales por completo: no se puede ser á medias defensor del catolicismo, no se puede ser á medias adversario de los intereses católicos.

La única confianza que en este punto nos anima, es la posibilidad de reclutar algunos desertores que por su apatía han ido ahora, tal vez sin quererlo ni sospecharlo, á formar grupo con nuestros adversarios. Cuando ellos se aperciban de que por virtud de las circunstancias se han convertido por su apatía en verdaderos enemigos del catolicismo, cuando descubran que sin el poderoso auxilio activo ó pasivo de los apáticos é indiferentes no habrian podido lisonjearse con la esperanza de triunfo alguno los enemigos de los intereses católicos, acaso entonces se avergonzarán de su propia obra, y desandarán lo andado, y se vendrán á nuestro campo para darnos todavía alto ejemplo de inquebrantable firmeza.

No hemos sido empero bastante exactos al suponer que esta es nuestra confianza única. Ya dijimos en otro artículo, y lo confirmamos en el presente, que nosotros confiamos de un modo absoluto en el triunfo definitivo de la verdad. Este no puede faltar, no faltará. Pero Dios á cuya revelacion debemos la certeza y la seguridad infalible de este triunfo, no lo ha prometido á tal ó cual generacion determinada. Por esto dijimos que acaso durante la lucha nos sorprenderá la muerte; pero como de nuestro ejemplo depende la actitud que tomen nues-

(1) Con este artículo termina la serie de los que dedico á la cuestion religiosa el *Sentido Común*, por haber cesado con harto sentimiento de los conocedores de su elevado mérito aquella estimable revista.

tros hijos, si de veras queremos el triunfo de la verdad, aun que sea remoto, hemos de prepararlo desde este punto.

Otra salvedad nos incumbe hacer, y es la siguiente. Por todas armas nos presentamos en la lucha, sin mas amparo ni defensa que el sentido comun. Con la razon nos proponemos vencer, con la razon deseamos convencer.

Y nos importa tanto mas que se comprenda así, por cuanto deseamos que nadie tema de nuestro triunfo si tuviésemos la feliz suerte de alcanzarlo, y que nadie se avergüence de su derrota. El mismo sentido comun que nos guia en la lucha, habria de guiarnos despues de la victoria. Se nos provoca á la pelea, y hemos de batallar decididos; batallaremos pues. Y si en vez de alentar á otros con el ejemplo propio, si en vez de aumentarse el grupo de los que rodean nuestra bandera, nos vemos reducidos á formar el cuadro por ser escasa nuestra gente, sucumbiremos con la gloria de haber sido pocos y decididos. Nuestros enemigos triunfarán por de pronto, pero triunfarán con vergüenza, porque los apáticos y los indiferentes se habrán ido con ellos á darles la razon en daño nuestro.

Despleguemos, pues, nuestra bandera, para que nadie pueda llamarse á engaño, y por nadie se pueda negar jamás que á la sombra de nuestra bandera pueden coger holgadamente todas las personas honradas, sin distincion de partidos políticos. Para ello no hemos pedido ni pedimos sino que se deponga la pasion y apele cada cual imparcialmente al sentido comun que pertenece á todos.

El plan estratégico que ha de seguirse, no queremos dictarlo nosotros; queremos consultarlo en consejo comun de todos los que estén á nuestro lado.

Una de dos cosas ha de suceder: ó la lucha ha de ser breve, ó ha de ser larga; ó el triunfo está próximo ó está lejano. Óptese por la hipótesis que se quiera; pues de todos modos habrán de adoptarse los mismos medios, por mas que á primera vista no parezca esto lo natural y propio.

Los temperamentos no se imponen á nadie: por esto comprendemos muy bien que así como nosotros hemos perdido ya toda esperanza, otros conserven todavía alguna. Nosotros damos por acabada la unidad religiosa en España; otros guardan esperanzas de no verla interrumpida mas que momentáneamente y de un modo tan vergonzante que no há de dejar huellas que hagan inconveniente ni imposible su reproduccion.

Pues bien; para que se vea la severa imparcialidad que nos hemos impuesto, queremos vencer la repugnancia opuesta por nuestro convencimiento, y ponernos al lado de los que conservan alguna esperanza. Queremos hacer mas; queremos dar por supuesto que ellos aciertan, y que ha de venir por artes superiores á nuestros alcances el próximo afianzamiento de la unidad religiosa en España.

Si esto hubiese de ser, diríamos á los católicos señalándoles á los tiempos pasados: Aprended y escarmentad. Si habeis de restablecer la unidad re-

ligiosa para dejarla poco menos que abandonada cuando venga la hora del peligro, ved que los elementos que han traído una vez el peligro lo traerán cien veces.

Si habeis de restablecer la unidad religiosa para entregaros á su sombra á una confianza ilimitada en la perpetuidad del triunfo, ved que esa confianza que os ha engañado una vez os engañará cien veces.

Si habeis de restablecer la unidad religiosa, y os empeñais en no ver la propaganda tenaz y la organizacion secreta de los que se dicen partidarios de la libertad de cultos para ser en realidad partidarios de otra idea muy distinta, ved que si una vez os han sorprendido por su valor y por su número, por su número y su valor volverán á sorprenderos.

Este ha sido el mas grave daño en los tiempos presentes.

Los católicos no dieron con tiempo la debida organizacion á sus huestes, y la lucha los ha encontrado desprevenidos. No se quiso comprender en otro tiempo que la unidad religiosa iba á correr grave y formal peligro; no se quiso en otro tiempo, y todavía no quieren algunos comprender ahora, que si la unidad religiosa llega á perderse, habrá de ser para no recobrarla jamás á despecho de todo el buen deseo y de todos los esfuerzos tardíos: y la confianza ciega y sistemática nos ha traído al apurado extremo de no saber ó no poder resistir los embates de nuestros enemigos.

Esto no es un misterio para nadie. En el pais esencialmente católico los católicos no hemos tenido organizacion y disciplina bastantes para dictar la ley en la hora de la lucha. Teníamos derecho á creer que éramos los mas, y pasamos por la apariencia y por la vergüenza de ser los menos. Si así no fuese, habríamos triunfado; y aun cuando por de pronto no hubiésemos salvado mas que la unidad religiosa, todo lo demás admitia tregua.

Fiamos entonces en instituciones é intereses de otro linage que por conveniencia propia habian de formar causa comun con los partidarios de la unidad religiosa; y creimos que la fuerza, siendo garantía de unos intereses, lo seria tambien de los que les eran solidarios. Y como si no bastasen los ejemplos de la historia para convencernos de que la fuerza por sí sola y convertida en sistema no es sostén robusto de institucion alguna, ha venido la Providencia á poner un ejemplo conmovedor y elocuente en nuestro suelo. ¿Querrémos nuevamente entregarnos á una confianza ciega bajo la salvaguardia de la fuerza material erigida en sistema de gobierno, sin conocer otra política que la fuerza, ni confiar en otros medios que la fuerza, ni desplegar otro talento que el de la fuerza?

Confíen los que tengan empeño en confiar; mas por nuestra parte una leccion nos basta y nos sobra, y no hemos de ser temerarios en buscar otra á sabiendas.

La causa católica está muy por encima de todas las causas, y por esto no podemos ni debemos subordinarla á ninguna otra. Los católicos, como ciu-

dadanos, podremos pensar en lo político como queramos; pero en lo religioso hemos de estar compactos y unidos, ó dejaremos de ser católicos. Triunfe en el poder un partido ó triunfe otro, si los católicos estamos organizados, le impondremos respeto; y si se toca á nuestros legítimos intereses como ciudadanos, obraremos como á cada cual parezca; mas no sucederá jamás que se toque á lo sagrado de nuestras creencias, porque en este punto obraremos unidos, y dictaremos la ley.

Por haberse olvidado esta verdad, hemos venido al punto en que nos vemos. Los católicos españoles, á lo menos en gran parte, han querido ser hombres de partido antes que católicos, y parecemos vencidos en la lucha de las banderías políticas. Y aun ahora el partido católico, robusto y vigoroso, no se constituye, porque la costumbre y el temperamento muestran empeño por reunirlo á la sombra de tal ó cual bandera política.

Y desengañémonos: la lucha de los partidos políticos ha sido, es y será: ellos sufrirán vicisitudes, pasarán por mudanzas, tendrán triunfos, pero también tendrán derrotas. Con lo caduco y mudable no queremos hacer solidario el triunfo de lo que tiene carácter de eterno é imperecedero.

Si pues hubiese de venir por artes que nosotros no conocemos, el próximo triunfo de la unidad religiosa en España, mas que nunca diríamos á los católicos que es necesario organizarse para la lucha, y con voz robusta recordaríamos lo pasado para que escarmentando en cabeza propia no volviésemos á dormirnos en la seguridad del triunfo. Unámonos, les diríamos, para no pasar otra vez por la apariencia y la vergüenza de una derrota; unámonos, si no queremos ser culpables ante Dios y ante la historia de los peligros que provocaríamos con nuestra apatía y con nuestra confianza ciega é indisculpable.

Mas por desgracia tememos que habrán de sufrir un desengaño los que todavía confían. La ley providencial tiene también su lógica, es una ley justa é indeclinable: pues bien, la ley providencial, en armonía con la lógica y con el sentido comun, nos dice que la lucha que ahora comienza habrá de ser larga: podrá serlo mas ó menos, pero no será breve.

Dios consuela al afligido, Dios ampara al desgraciado; pero cuando ese desgraciado y ese afligido lo son por imprevisión y por culpa propia, Dios se hace de rogar, porque á la aplicación de su misericordia quiere que le preceda el arrepentimiento.

Católicos españoles, los que hemos mirado con apatía acercarse el peligro, ¿nos hemos arrepentido aun de nuestra apatía? ¿nos hemos curado todavía de nuestra culpable indiferencia? ¿no? Entonces Dios se hará de rogar, y hará muy bien. No merecemos que Dios nos atienda, porque si antes no hicimos por merecerlo, tampoco hacemos ahora por alcanzarlo.

Dios envió el maná al pueblo capitaneado por

Moisés, porque andaba por terrenos áridos y desiertos, y no podía tener á mano los alimentos. Apliquemos el ejemplo. Dios nos proporcionará su poderoso y eficaz auxilio, cuando nuestras fuerzas sean insuficientes; pero mientras permanezcamos ociosos y dormidos, Dios no ha de prestarnos su auxilio, y hará muy bien, porque haríamos menosprecio de su misericordia. Si ociosos y dormidos estamos, dormidos y ociosos estaríamos.

El sentido comun y la experiencia nos enseñan que cuanto mas cuesta un beneficio, mas se estima y se agradece. Sepamos lo que nos cuesta el triunfo del catolicismo, y quedaremos apercibidos para conservarlo.

Partiendo de estos principios que son verdades de sentido comun, hemos encarecido y encarecemos la necesidad de aprestarnos todos para la lucha. Cuanto mas nos demoremos en fuerza de la apatía, mas difícil y larga y comprometida será la lucha. Obren los católicos como quieran; pero adviertan que sobre ellos y sobre todos pesa la ley providencial y la ley del sentido comun; adviertan una vez mas que se trata de una lucha en que no se toleran neutrales ni espectadores, porque no hay ley, razon ni justicia que los amparen en este terreno. Los apáticos y los indiferentes son otros tantos enemigos.

Para los que convencidos de esta verdad se muestren decididos á luchar en favor de los intereses católicos, conviene consignar ahora el plan de batalla. Tampoco en este punto queremos ser nosotros la autoridad que decida; mas aun, queremos dar á nuestros adversarios alto ejemplo de tolerancia, de lealtad y franqueza, y aceptamos la lucha en el terreno en que ellos la presenten, y aceptamos la estrategia de que nos den ellos ejemplo. Haremos todavía algo mas: si ellos se permiten el uso de armas vedadas, nosotros nos comprometemos á no imitarles en este punto.

¿Se quiere algo mas de nosotros? ¿puede exigirsenos algo mas? Nuestros adversarios no podrán echarnos en cara deslealtad ni perfidia; y los que vengan á nuestro lado, podrán estar seguros de pelear como buenos y como leales.

Pues bien; observemos la táctica que nuestros adversarios observan, y tomemos sus lecciones, ya que por desgracia y para vergüenza propia necesitamos aprender mucho de ellos.

Nuestros adversarios andan perfectamente unidos y acordes en atacar al catolicismo. Ellos podrán tener sus desavenencias y ambiciones políticas, pero en lo demás andan acordes. Y como la union constituye la fuerza, triunfan en lo que unidos emprenden.

Fuera de esto, en sus filas no se conocen el ocio ni la apatía; se activan, se estimulan, se multiplican; no perdonan medios ni malgastan fuerzas.

¿Cuándo será que veamos imitada por los católicos esa actividad y cohesion? ¡Ah! No queremos entrar en pormenores; nuestros adversarios nos están observando, y están dispuestos á sacar provecho

propio de nuestras debilidades; pero nos dirigimos á la conciencia de los católicos, para que puesta la mano sobre el corazón se den cuenta de lo que habrían podido hacer y de lo que no han hecho para imitar la compactibilidad y la animación de los contrarios. Individualmente no culparemos á nadie; pero si de ese exámen de conciencia todos nos empeñamos en colegir la justificación de nuestro proceder, aunque podamos tener la vanidad de halagar nuestro amor propio, los resultados obtenidos serán una censura colectiva. Si en el país católico por excelencia no ha habido un partido católico, compacto, numeroso y bastante fuerte para vencer, ó há de ser por falta de católicos, ó por falta de organización y de acierto en su proceder.

Elijase, pero una de estas dos cosas ha de ser. Nosotros optamos por la segunda, ya por juzgarla mas exacta, ya porque la primera parte del dilema se nos atraganta por bochornosa.

Nuestros adversarios tienen valor bastante para presentarse á cara descubierta en todas partes, siendo así que defienden una causa mala: nosotros al contrario, habiendo de darnos por honrados con la nobleza de la causa propia, huimos el cuerpo y nos recatamos de parecer en público lo que queremos ser en particular.

Solamente de esta suerte se comprende que en un país de católicos se haya formado una opinión pública que nos considera como si fuésemos una minoría despreciable. Y esa opinión pública podrá no ser exacta, pero es lógica. Si en una reunión de diez personas, hay tres que defienden con valentía una idea, dos que les llevan la contraria, y cinco que no toman parte en el debate, el triunfo moral y el numérico será de los tres, aun cuando sean mantenedores de un absurdo. He aquí la consecuencia práctica de la apatía.

Pues bien, imitemos á nuestros adversarios. Ya lo dijimos, y lo hemos de repetir: cuando no tengamos apáticos ni indiferentes, el campo será nuestro.

Por segunda vez apelamos á la conciencia de los católicos, y no les pedimos sino que sean jueces severos é imparciales de sí propios. En esa lucha trabada en el terreno de la opinión pública que se da á conocer por unos ú otros medios públicos, ¿qué parte han tomado muchos católicos? ninguna. Búsqese en el campo contrario cuantos son los que no han tomado parte alguna ni han hecho el menor esfuerzo, y avergoncémonos de la comparación.

No queremos dar á la opinión pública mas valor del que le corresponde; pero conocemos sus efectos, y por lo mismo que los tememos en daño nuestro, hemos aprendido á estimarlos en provecho propio. La libertad de cultos que tanto se pregona en España, ¿reconoce por ventura otro origen que una opinión pública ficticia, pero al fin opinión pública? Si hay mil voces que la pregonan con tenaz porfía, y hay doscientas que la combaten, y hay dos mil que no se dejan oír, las mil voces parecerá que tienen razón; y de tenerla á tomársela, no va mas que un paso.

Ved aquí punto por punto lo que nos ha pasado. Y el pueblo católico por excelencia, haciendo de la fuerza de la opinión pública menos caso del que debía, está pasando por la humillación de una derrota, y ha dado á la Europa entera un escándalo inesperado.

Volvamos por nuestra honra; y si queremos que la Europa siga teniéndonos por el pueblo católico por excelencia, démosle á la Europa datos públicos y fehacientes que le ayuden á formar concepto.

Si no aceptamos la lucha dentro de estas condiciones en que nos la presentan nuestros adversarios, se creará que el terreno nos es desventajoso; y esto no podemos ni debemos tolerar que se diga ni que se suponga. La verdad es verdad en todos terrenos.

Si somos los mas, cuidemos mucho de no darnos apariencias de ser los menos, como por desgracia las hemos dado y seguimos dándolas.

Si es cierto, como lo es, que la razón nos asiste, si es cierto, como lo es, que la verdad está con nosotros, no hemos de temer, no podemos temer, no debemos temer la lucha en ningún terreno. Se nos presenta la lucha en el terreno de la opinión pública; aceptémosla en él: se nos provoca apelando á la razón numérica; aceptémos la razón numérica.

Por seguro y por próximo que se empeñen algunos en considerar un triunfo, estamos mas obligados aun á buscar sin tregua el triunfo moral en la opinión pública y en la razón numérica. De otra suerte pasaria por siempre mas como autoridad de cosa juzgada esa opinión pública ficticia que nos presenta á los católicos como una minoría. Y la Europa entera que no ve rebatida esa asercion con datos públicos y fehacientes, la tomaria como una verdad, y mañana formaria coro con nuestros adversarios, llamándonos inmerecidamente opresores.

Y esto no ha de ser, no podemos tolerar que sea ni que se diga.

Para evitarlo, aceptemos la lucha en el terreno en que se nos presenta. Hagamos los católicos, para mostrarnos católicos, siquiera lo que hacen nuestros adversarios para mostrarse adversarios nuestros.

No puede pedirse menos. Ellos se afanan por odio, afanémonos nosotros por amor, por buen parecer, por honra, y por dejar cumplida aquella gran sentencia, tan oportuna como en los presentes tiempos olvidada: *Militia vita hominis super terram.*

Puntos de suscripción.

Librerías de Guasp, Muntaner y Colomar, y círculo de la Asociación de Católicos.

Precios mensuales.

Dos reales vellón en Palma, dos y medio dentro de la provincia, y tres para los suscriptores del continente.

A los asociados de la capital costará un real solamente, y uno y medio á los demás de la provincia.